

LA CASCABEL



NUM. II. EPOCA TERCERA AÑO I.
 SILUETAS, por Mecachis.



Esta es *la Inés*, camarera del cafetin de la Paz, la que vive despachando chicos (á la eternidad).

Valdés-sc

REDACTORES

Bustillo (D. Eduardo).	Paso (D. Manuel).
Cávia (D. Mariano de).	Pérez Zúñiga (D. Juan).
Jackson Veyan (D. José).	Sierra (D. Eusebio).
López Silva (D. José).	Taboada (D. Luis).
Palacio (D. Eduardo de).	Torromé (D. Rafael).
París (D. Luis).	Yráyzo (D. Fiacro).

COLABORADORES

Todos los buenos escritores festivos.

DIBUJANTES

Angel (D. Manuel).	González (D. Melitón).
Cilla (D. Ramón).	Sáenz Hermúa (D. Eduardo) (<i>Mecachis</i>).
Escaler (D. Ramón).	

Advertencia.—Queda prohibida la copia de los trabajos insertos en EL CASCABEL



Hoy por hoy, está sin resolver el importante asunto referente á la su-

bida de precios en el ramo de la peluquería nacional.

Los maestros aumentan la tarifa, los dependientes se alarman, y el público entre tanto anda por ahí con los pelos en desorden y la cara sucia.

No contentos con abrumarnos con el peso de la conversación y con desollarnos vivos, quieren los barberos reducirnos á la miseria, imponiéndonos tributos superiores á nuestras fuerzas.

¡Hola! ¿Con que desean Vds. hermostear el físico? ¿Con que quieren Vds. embellecerse y cautivar corazones?—dicen los barberos.—¿Sí? Pues paguen Vds. la coquetería.

Y menos mal si se limitan á aumentar los precios; lo peor será si mañana nos exigen la presentación de un certificado de buena conducta, ó ponen como condición, antes de afeitarnos, que hemos de bailar una mazurka, en calzoncillos, sobre la mesa. ¡Vaya V. á saber las cosas que podrán discutir todavía los apreciables maestros, en daño de la parroquia!

—Vengo á que hagan Vds. el favor de afeitarme, sin que esto sea ofender á Vds. en lo más mínimo,—dirá un parroquiano.

—Corriente,—contestará el maestro;—pero ya sabe usted las condiciones que hemos establecido. La barba cuesta dos pesetas cincuenta céntimos, y además tiene usted que saltar á pie juntillas por encima de esta butaca.

Todo puede esperarse de esos tiranos que tratan de hacernos pasar por las horcas caudinas.

Hay, sin embargo, algunos maestros de corazón generoso, que siguen cobrando por la antigua tarifa; pero éstos se ven perseguidos por los innovadores, y reciben anónimos en que se les dice:

—«¡Infame! ¡Feo! ¿Con que seguías cobrando un real por hacerle la barba á tus semejantes? Pues lee y tiembra: Cuando menos lo esperes comenzará á sentir rui-

dos extraños en la parte interior y desasosiego en las pantorrillas, y tú creerás que es flato. ¡Infeliz! Un veneno activísimo irá minando tu existencia, y acabarás por morirte debajo del velador. Piénsalo bien: ó la nueva tarifa, ó la muerte. ¡Elige!»

El que recibe el anónimo se asusta, como es natural, y desconfía de cuanto le rodea. Ve la fuente de los garbanzos, y la huele antes de probar su contenido; le presentan un plato de judías estofadas, y clava en ella su mirada escrutadora, como si quisiera leer en el fondo de aquella salsa equívoca. Hasta la brocha de que se sirve para enjabonar al parroquiano le inspira profundos celos... ¿Estará envenenada?

¡Qué situación la del maestro disidente!

Los parroquianos, á su vez, sufren otra clase de sinsabores no menos graves.

Hay hombre que rechaza la nueva tarifa con indignación, y penetra en la peluquería preguntando:

—¿Cuánto me van á llevar Vds. por afeitarme?

—Treinta céntimos—le contestan.

—¿Y si me dejo la perilla?

—Lo mismo.

—Pues abur.

Y baja las escaleras echando demonios.

Estos días se nota cierta desanimación en los establecimientos del ramo.

Ya no se ven aquellos caballeros que iban antes allí dispuestos á todo, y empezaban por decir al artista del cuero cabelludo:

—Va V. á cortarme el pelo con raya á la derecha, dejándome un mechoncito en el centro á manera de capullo.

—Bueno.

—Y á afeitarme *herméticamente*.

—Está bien.

—Y á lavarme la cabeza.

—Corriente.

—Y á recortarme el bigote, dejándome en forma de sauce llorón.

Después se quitaban el cuello postizo y la corbata y algunos pretendían despojarse también de la ropa exterior, hasta quedarse en calzoncillos; pero el maestro les decía:

—Caballero, por Dios; tenga V. la bondad de no enseñarnos las carnes, que viene aquí muy buena gente y podría figurarse otra cosa.

En fin, el conflicto sigue en pie y sabe Dios á dónde iremos á parar si los maestros no vuelven sobre su acuerdo.

Mucho sentiría tener que dejarme la barba; pero antes de pagar treinta céntimos por sesión, estoy decidido á dejar que se me llene el rostro de pelos y á que me confundan con uno de esos húngaros que andan por el mundo en compañía de un oso y varios micos.

Porque si ahora pasamos por lo que quieren los maestros, mañana aumentarán otra vez las tarifas y llegarán á cobrarnos, no sólo la barba, sino también el saludo.

—Hola, D. Balbino, ¿cómo está V?

—Regular.

—¿Va V. á afeitarse?

—Sí, señor.

Pues ya sabe V. que desde hoy le cuesta la barba cinco reales, y medio real más por haberle preguntado por su salud.

Decididamente, me dejo la barba.

LUIS TABOADA.

LOS APUNTADORES

Lector: no me refiero á los apuntadores del teatro, que ganan en la concha su dinero; aludo á más de cuatro (cuatro mil, mejor dicho) que tienen la costumbre ó el capricho de irlo apuntando todo. Hay sujetos que llevan, á su modo, un pequeño librito, donde apuntan los gastos de su vida. ¿Que compren un jamón? Pues en seguida lo apuntan. ¿Que dan un centimito á un mendigo incompleto? ¿Que de paño mandan hacer un terno? ¿Que toman un café?... ¡Pues al cuaderno! Y así viven dichosos, aunque luego después al fin del año tengan que hacer balances vergonzosos. Hay quien da en la manía de apuntar lo que hará durante el día. Un mi amigo, que tiene buena historia, pero mala memoria, acaba de enseñarme, casualmente, un papel en que dice: «Cosas que habré de hacer precisamente el martes veintiuno. A las nueve y tres cuartos, desayuno; funeral en San Luis y barbería. A las once, buscar ama de cría para mi prima Paz, la de Eleuterio. A las doce, almorzar y al Ministerio. A las cinco, encargarme zapatillas, extraerme una muela y comprar una caja de cerillas. A las siete, comer (si tengo gana). De las ocho á las diez, ver á Manuela; de las diez á las once, ver á Juana; acostarme al instante y roncar de las doce en adelante.»

Otros hay que, juzgándose eminencias, apuntan por dóquier las ocurrencias que oyen á los demás, y sin reparo, van y las meten en sus obras luego con el mayor descaro, ya que el propio magín no les da juego. ¡Cuántos escritores son en este concepto apuntadores! Otros apuntan cosas que han pasado, efemérides raras y curiosas, la fecha de un ciclón, ó la de un fuego, y otra porción de cosas. Hay sujeto que tiene consignado en un libro, repleto de sandeces, el número de veces que estuvo constipado, y hasta hay más de un chiflado que apunta en su cartera el día en que nació su lavandera.

*
* *

A uno de esos señores que sienten vocación de apuntadores, le presté hace seis años veinte duros, para no sé qué apuros. Y yo decía: «¿Se le habrá olvidado? ¿Por qué no habrá apuntado que me los debe, si lo apunta todo?» Mas luego me enteré de que á su modo lo apuntó; pero vive alegremente haciendo lo siguiente: mira la apuntación, tuerce la jeta y no hay Dios que le saque una peseta. Lo cual viene á probar, lector querido, que lo mismo en Madrid que en Valdealones, para no pagar nunca lo debido, es inútil hacer apuntaciones.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

Un Parlamento ideal.

Se va llenando el salón
poquito á poco de gente,
y á las tres el presidente
da comienzo á la sesión.

Cada señor diputado
á más de su inmunidad,
tiene, por necesidad,
un guardia civil al lado.

Agentes de policía
hay por doquier con exceso,
y alrededor del Congreso
fuerza de caballería.

Acaban de colocar
detrás de la presidencia,
cuatro cañones Plasencia
de un calibre regular.

Comienzan las discusiones
sobre el acta de Villado,
y saca el interesado
un rifle de dos cañones.

Se levanta del asiento
en seguida su rival,
que empuña un descomunal
revólver de reglamento.

Y después de ciertos giros
que toma la discusión,
sin parar en más razón
comienzan los dos á tiros.

Entre el ruido que se mete
de gritos descomunales,

salen al aire puñales
y navajas de Albacete.

Acude la policía;
la guardia civil, al punto,
interviene en el asunto,
y entra la caballería.

Grita asustada la gente,
y en tan grande confusión,
se oye tronar el cañón
que dispara el presidente.

En vista del estampido
que produce el cañonazo,
queda, de golpe y porrazo,
el orden restablecido.

Y después de diez y nueve
que mueren sobre *el terreno*,
toda la Cámara en pleno
el acta declara leve.

Vuelve á sonar el cañón
de una manera horrorosa,
y sin ninguna otra cosa
se levanta la sesión.

*
* *

El lector habrá dudado
de que sea cierto eso;
pues se encuentra equivocado;
porque así será el Congreso
el día menos pensado.

FÉLIX LIMENDOUX.

BIBLIOGRAFÍA

Es sección muy descuidada en los diarios políticos.
Todos lo lamentamos y no se corrige.
Así es que salen impunemente á la vida pública libros
importantes, y pasan inadvertidas algunas joyas litera-
rias.

Como el *Manual del perfecto jilguero; Arte de ad-
vinar el porvenir de las muchachas casaderas, y Méto-
do para escribir y notar cartas, memoriales y esquelas
al uso moderno.*

De este último librito, dicen los vendedores:

—Tiene el tratamiento de personas y estilo de car-
tas, útil para todas las clases.

Pero entre todos, merece capítulo aparte el librito que
contiene las fórmulas amorosas por escrito.

Es la verdadera guía del amante que quiera declarar-
se y de la chica que quiera dejarse declarar.

Librito moral, puesto que todos ó casi todos los mo-
delos de cartas que incluye el autor, son declaraciones

con buen fin, y así lo advierte: «para poder contraer ma-
trimonio.»

Es un derroche de pasión atemperado por la hombría
y aun por el mujerío de bien.

Y se entiende que un hombre enamorado halle en el
Arte de escribir cartas amorosas, la fórmula que satis-
faga sus aspiraciones.

Y que la señorita á quien se dirige el enamorado ga-
lán, encuentre en el librito el modelo para decir que *si*,
tan difícil sin el auxiliar impreso.

Es, en conjunto, el librejo, un archivo ó un bazar sur-
tido de cartas, á la medida de cada pelotón de chicos que
se sientan novios.

Allá va la muestra:

DECLARACIÓN

«Sra. D.^a Antolina Orejas:

»Muy señora mía y dueña: En las pulidas manos de V.
voy á poner la decisión de un grato asunto, que es el
más redondo que he tenido en mi vida, si cuaja, gracias
á Dios.

»Aquí tiene V., señora, un mortal afligido de amor y

UN DRAMA EN EL LAGO



—¿Me das un beso?
—No. en mis días



—Ya ves: te lo pido «de rodillas, y á tus pies»



—¿Me lo das, ó me arrojo al abismo?
—¡Antes la muerte!
—¡Adiós, ingrata!



—¡Ay! ¡Infeliz de la que nace hermosa!

scaler

VIDA DE VERANO.—En San Sebastián.



Cinco mil pesetas de ganancia.



Diez mil.



Veinte mil.



Cinco mil pesetas de pérdida.



Diez mil.



Veinte mil.

VIDA DE VERANO.—En San Sebastian.



Va de corista con diez reales diarios.



La saca del coro un abonado que le pasa dos mil reales al mes.



Sus formasy cabriolas en el mar enamoran á un millonario.



Que la pone hotel y carruajes.

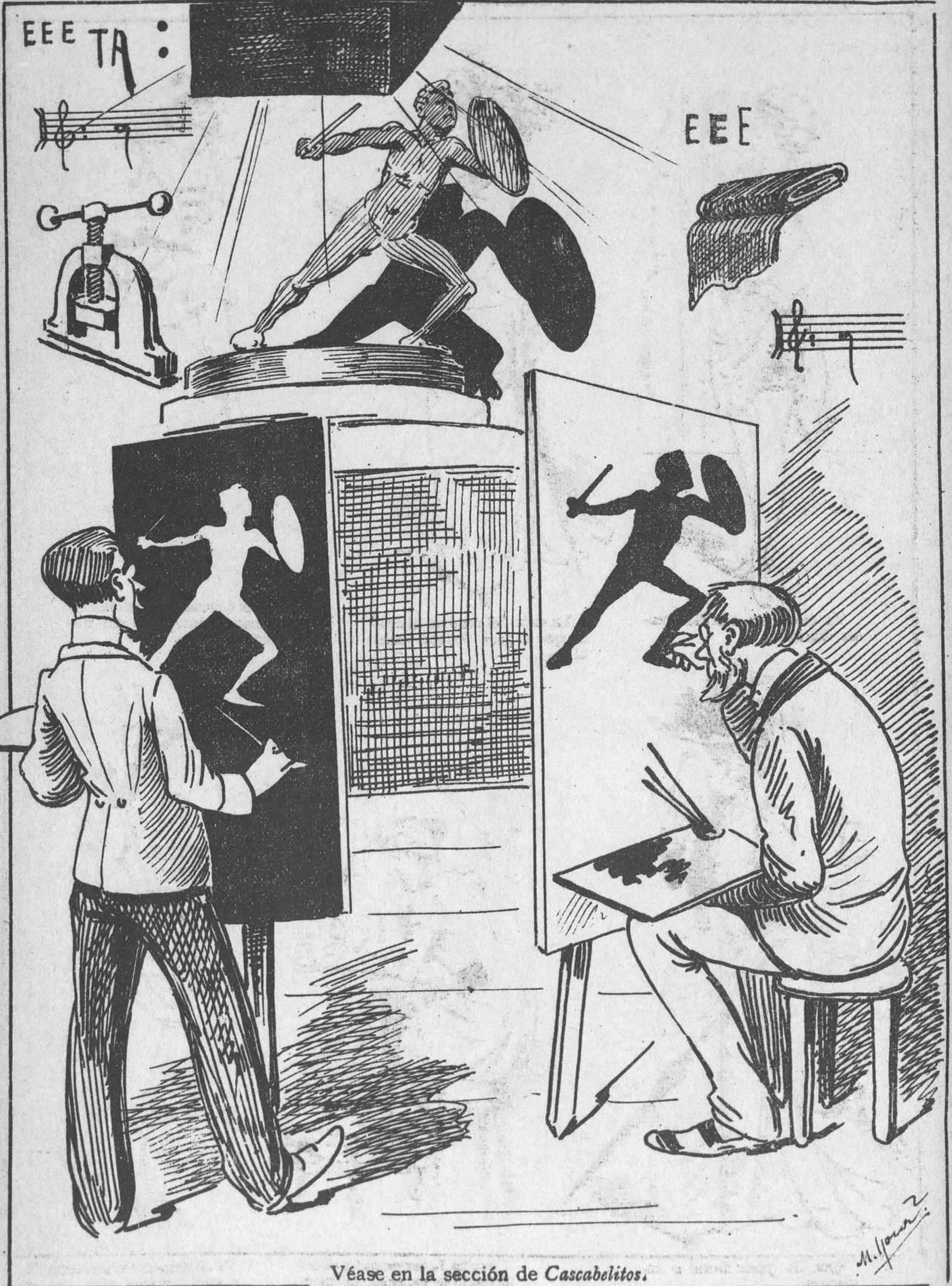


Acaba la temporada; el millonario se va; echa sus cuentas, y se encuentra alcanzada.



Y al empezar el invierno, la tienen ustedes otra vez en el coro para lo que gusten mandar.

JEROGLÍFICO



Véase en la sección de Cascabelitos.

M. J. J. J.

con un vacido en el corazón desde el punto y hora en que la ví por vez primera.

»¡Ah! Usted ha sido el ángel de mis adoraciones secretas é insomnios naturales.

»Pero tiene V. cualidades que la adornan y prendas positivas que me enloquecen, en mis ratos de fiebre.

»Usted ha cautivado mi corazón, y si las puras intenciones con que me declaro á V., pueden herir, por fin, sus membranas y el bondadoso corazón de V. y de sus señores padres y hermanos, me consideraré el más feliz de los mortales en nuestros días.

Q. SS. PP. B.

Heriberto Fontanares.»

En este modelo encontrarán Vds. algo de Fray Luis de León.

No el estilo, precisamente.

Lo de las «puras intenciones», que recuerda aquello:

«¿y tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?»

Detrás ó á continuación de la carta del amante, viene la *respuesta, admitiendo*, porque en el librito son todas las respuestas *admitiendo*.

«Sr. D. Emeterio Costillares:

»Muy señor mío. (Esta no añade «dueño», por si acaso.)

»Recibí su favorecida en la que veo que me manifiesta los afectos puros y castizos que le animan. Sus bellas prendas no han podido por menos de inspirarme simpatías por el hombre que tan interesado se manifiesta....

(Y van dos manifestaciones, aunque pacíficas.)

»... por mi felicidad en esta vida de lágrimas.

(¿Por qué, hija?)

»Pero como V. aún no se ha dirigido á mis papás diversos, comprimo, temporalmente, los arranques de mi corazón.

»Conozco los deberes que una señorita, que es al par hija, tiene para con sus padres...

Aquí no habla de «su primo», como anteriormente, y es la única falta que se nota en la carta; porque eso de decirle á un pretendiente: «yo com-primo», es para inquietar al galán.

Y termina escribiendo:

»Además, ellos me aman tanto, que viendo pura nuestra pasión, no podrán menos de concedernos mutuamente.

»Queda de V. reconocida,

Quiteria Valmojado.»

El estilo de esta carta recuerda también un tanto á *Pepita Jiménez*.

Como la fuente de la Puerta del Sol recuerda á José Bonaparte.

Puesto que en el mismo sitio que la de hoy, estaba emplazada la fuente de la Mariblanca, y ésta *floreció* en los años 1800 á 1830, si no estoy equivocado, y alcanzó por consiguiente el reinado de Pepe Botella y viceversa.

Otro modelo:

«Muy señorita mía:

»Víctima soy de la hermosura de V. y es el objeto de mi primera mirada de amor, de esa página dominante que convierte al hombre en niño ó en perro.

(Sinónimos, según el autor.)

»La imagen de V. me persigue aun en los sitios más solitarios; sus fascinadoras gracias me seducen.

»El amor es fuente de inquietud, tormento, asfixia.

»Si fuera yo correspondido, ¡cómo besaría los pies de V!...» (¡qué asquerosidad!)

Ludovico Arrigorriaga.»

En el libro hay otros varios modelos, todos con la respuesta *admitiendo*, por supuesto.

Solamente se encuentra uno, titulado:

Despreciando.

Y la señorita desprecia al aspirante por calavera.

¡Cómo le pone la muchacha!

Lo menos que le dice es lo siguiente:

«Sabes, Juan, que nada ignoro de cuanto hiciste; que sé que eres un sinvergüenza mayormente, y dicho sea sin agraviarte...»

Un hijo pide consejo á su padre para casarse, y firma «Roque Mejía».

Y el padre le contesta, *admitiendo*, y firma «Salvador Regueros».

¡Qué familia tan rara!

Ello es que con un ejemplar del *Arte de escribir cartas amorosas*, pueden, el hombre menos experto en letras, quedar bien, declarándose á una mujer, y cualquiera chica dar el sí al pretendiente, y casarse ambos y tener familia.

Y á pesar de todo esto, se vende á diez céntimos en las principales... cacharrerías del reino y villa de Madrid y sus provincias.

Un libro sano y aun cándido é inocente, recuerdo de la edad de oro de nuestra literatura popular.

De aquellos tiempos de *El sueño de un malvado* ó *La lámpara maravillosa*, *Los dos Pedros* y otras obras clásicas, con que nos adormecía «el Mueñin en nuestra infancia», como dice un escritor que no sabe á punto fijo lo que escribe.

Y cree que *Mueñin* es sinónimo de nodriza.

EDUARDO DE PALACIO.



ORIENTAL

¡Escúchame, sultana! ¡Escucha, nazarena,
la de rasgados ojos, la de morena tez,
la que en los blancos hombros destrenzas amorosa
la suelta cabellera más negra que la pez;
la recatada virgen de mis primeros sueños,
la espléndida figura de mi tenaz pasión,
por quien la mente sueña, por quien el alma gime,
por quien de amores late cobarde el corazón!
Yo tengo brazaletes de rica pedrería,
jardines en Granada, en Córdoba un harém,
rosas para tu frente, amor para tu pecho,
y yo seré, sultana, de tu virtud sostén.
Cantores que te canten, doncellas que te vistan,
señores y vasallos, postrados ante tí,
se inclinarán, besando con ademán humilde,
tu espléndida alcatifa de rojo carmesí.
Yo tengo cien ginetes dispuestos á la lucha,
y si tu voz me alienta ¡yo vuelvo triunfador!
Coronarás mi frente con flores de mis valles,

coronaré tu frente con besos de mi amor.
¡Escúchame, sultana! ¡Escucha, nazarena!
Escúchame el relato de mi amoroso afán,
Yo en cambio, en los misterios de la callada noche,
recitaré en tu oído los versos del Korán.

¿Vacilas? ¿Dudas? ¿Lloras? ¿Qué nube de tristeza
pasó por tu mirada? ¿Por qué tiembles aún?
Pareces, recostada sobre la roja alfombra,
la palma del desierto que dobla el simoún.

No tiembles, nazarena, te adoro todavía;
no dudes, por Mahoma, de mi amorosa fe.
Conozco tus tristezas y lloro tus pesares,
no digas qué te ocurre, sultana, que lo sé.

¡No tengas, no, vergüenza, porque á pesar de todo,
yo anhelo tu mirada sublime, celestial!
Escucha, nazarena, ¡escúchame! Soy franco:
te adoro... ¡y sé que tienes un ojo de cristal!

MANUEL PASO.

¡PELIAGUDO!

«Nada, nada, ¡qué diablos! ¡A los Madriles!
¿Qué importa que gastemos algunos miles?»
Tal dijo D. Liborio Sanz y Escosura,
labrador hacendado de Extremadura,
á la que hace tres lustros es su costilla,
D.^a Bruna Regulez de Taravilla.
Y en efecto: sus bolsos de oro llenaron,
y á Madrid en seguida se encaminaron.
.....
¡Vaya una temporada! ¡lo que corrieron!
¡cuánto y cuánto en la corte se divirtieron!
¡qué bonito era todo lo que miraban,
y cómo les lucía lo que gastaban!
Pero ¡ay! que en este mundo traidor y artero
el placer pocas veces es duradero!
Por haber dicho un día no sé qué cosa,
á una barbiana increpan, la cual, furiosa,
sobre el moño se arroja de D.^a Bruna,
y como éste es postizo, sale la luna;

¡y qué voces entonces! ¡qué carcajadas!
¡qué pullas y qué bromas tan resaladas!
¡qué modo de reirse toda la gente
al ver aquella calva tan reluciente!
D. Liborio, iracundo, desesperado,
á un flamenco le dice mal educado;
el flamenco le pega, la gente chilla,
y pierde D. Liborio media patilla.
Aumenta la chacota, las bromas crecen,
hasta que los del pueblo desaparecen,
yéndose hacia la fonda *todos corridos*,
oyendo risotadas y hasta silbidos.

*
*
*

El baul al instante, desesperados
cogen, y hacia su aldea *tienden el vuelo*,
convencidos los pobres y aun admirados
de lo bien que en la corte *toman el pelo*.

JULIO ROMERO GARMENDIA.



Solución al jeroglífico inserto en el número anterior:

IGUAL DA PITOS QUE DA FLAUTAS.

Nota: A los tres caballeros (ó señoras) que primero nos envíen la solución al jeroglífico puesto en la 8.^a plana de este número, se les servirá gratis la suscripción por medio año.

El plazo para admitir soluciones terminará el próximo martes.

*
**

El desdichado criminal Cintabelde decía antes de morir que estaba inspirado por Dios.

La de todos los criminales: echar la culpa á los seres superiores.

Casi estamos esperando que el *Huevero* afirme que le ayudaba en su tarea algún alto funcionario.

Pero todo es inútil: sabemos que los funcionarios no son cómplices de matuteros.

¡Antes serían capaces de introducir ellos el matute!

*
**

A todo el mundo le cuentas
que te compré unos zapatos,
pero no dices lo que
te pagué con el regalo.

No hay árbol que nos engañe
cual nos engaña el naranjo;
con su fruto, cuando niños,
y con su flor al casarnos.

LUIS GONZÁLEZ.

*
**

Aunque ya huele mal el jabón de los Príncipes del Congo, copio un anuncio, porque sube cuatro dedos sobre la marca de cualquier príncipe:

—«¡Viva er garbo! ¡jui, salero!...
—¡Mucha gracia... mi zandongo!
—Que usas el jabón infiero
de lo Príncipe der Congo.»

Luego dirán Vds. que no existe Triana.

¡Y habrá también algún exaltado que pida la abolición de la pena de muerte!



Mochila.—Venga la firma.

Sr. D. M. de S.—Madrid.—Mal versificada, mal medida, sin ritmo y sin asunto.

¡Esta es la pura verdad!... (Música clásica.)

Sr. D. F. V. M.—Sevilla.—¡Son tan inocentes!...

K. Rulla.—Valencia.—Por mí no ha de quedar:

«Suegra, yo te *detesto*
si te atreves á mirarme *entreojos*;
te *tiraría* un tiesto,
ó cocimiento te daré de abrojos.»

Y ahora, que venga Dios y vea la *chispa* de eso.

Kas. K. bel.—No tienen relación entre sí ambos cuartetos y el asunto lo conoce hasta el *Rey que rabió*.

Gigante.—Son vulgarísimas las tres. Descuida V. mucha la forma, y abusa del ripio. ¿Por qué se da V. tanta prisa?

A. P. N. A. A.—Me tapo la cara y copio:

«Allí logró con afán
el infeliz baturrillo,
sacar de entre la camisa
al ladronzuelo el bolsillo.
Le abre y vacío le encontró
y ¡soy animal! exclamó,

(Todo es posible.)

si el dinero que tenía
lo escondí en la cama de mi tía.»

¡Ah! ¿Usted tiene tía, picarín? ¿Y gracia, tiene V. por casualidad gracia?

V. E. E. K.—La palabra quieta se compone de dos sílabas, y la fábula esa de muchos versos malos.

Sr. D. J. M. A.—Encuentro forzada toda la composición. Además, me parece que debemos dejar ya en paz á Fabié.

Sr. D. M. C.—«La patrona de mi casa,
se rasca mucho la tripa,
y dice que se le rasca
para estar fresca y *royiza*.»

Pues más *royiza* estaría
con algo de ortografía.

Estevez.—No resulta bien tampoco. Y es, que se les ha dicho ya tanto á las suegras!...

Sr. D. D. C.—Pasó la oportunidad, á pesar de sus ofrecimientos. ¿Artículos? ¡No hablemos de cosas tristes!

Militarote.—Es V. bastante zote,
mi señor Militarote.

Perfiles.—Puesto de rodillas, suplico á V. que no me envíe más composiciones.

Pipo.—Rematadamente mala. Fijese V. bien: ¡rematadamente!...

Grillo.—¿Por hacernos un favor? ¡Anda con Dios, generoso!

Sr. D. R. C.—Madrid.—Repito lo dicho, sin quitar punto ni coma.

Sr. D. J. S. U.—Valladolid.—Muchas gracias; estoy en lo mismo.

VIUDA É HIJOS DE LA RIVA, impresores de la Real Casa,
calle de San Isidro, 6 duplicado.—Teléfono 260.



—¡Quita de ahí, hambriento! ¡Para tí estoy yo!
—¿Hambriento? ¿Tengo yo tipo de hambriento, so méndiga?

ANUNCIOS

EL CASCABEL
SEMANARIO SATÍRICO ILUSTRADO

Se publica todos los jueves y está redactado e ilustrado por los mejores escritores y dibujantes españoles.

Precios de suscripción en toda España: Trimestre, 1'50 pesetas; semestre, 3; año, 6.
Extranjero y Ultramar: semestre, 6; año, 10.
Precios de venta: Número suelto ó atrasado, 10 céntimos.

A vendedores y corresponsales, 6 céntimos.
No se admiten suscripciones por menos de un trimestre, y las de fuera de Madrid, así como los números atrasados, no se servirán si al pedido no se acompaña su importe en letras, libranzas ó sellos de franqueo.

A los señores corresponsales se envían las liquidaciones á fin de mes ó de trimestre, según la cuantía, y se suspende el paquete á los que no pagan antes del día 10 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de San Isidro, 6 dup.^o

(Teléfono 260.)

Horas de oficina: todos los días de 10 á 5.

PUNTO CENTRAL DE SUSCRIPCIÓN

LIBRERÍA DE DON FERNANDO FE

Carrera de San Jerónimo, 2.

EL ÁGUILA

GRAN BAZAR DE ROPAS HECHAS

3 — Preciados — 3

CARLOS PRAST

CONFITERÍA Y ULTRAMARINOS

8—ARENAL—8

(Teléfono núm. 283.)

TALLERES DE JOYERÍA

Hasta fin de Junio se hacen grandes rebajas sobre los precios de fábrica en toda clase de alhajas en Brillantes, Rubíes, Zafiros y Perlas.

2—Prado—2

Mad. Antoine et Fils

DENTISTAS DE SS. MM.

Puerta del Sol, 13, 2.^o

CAMAS

Y COLCHONES DE MUELLES

Realizamos un inmenso surtido, á precios sumamente económicos.

Plaza de la Cebada, 1.

Heliotropo blanco

violeta de Parma, mimosa, perfumes muy finos y permanentes para el pañuelo, á 2 pesetas frasco; los demás perfumes, á 7 reales; higiénica colonia florida, calidad superior, á 3 pesetas medio litro.

PERFUMERÍA THOMAS

36—Mayor—36

VELOCÍPEDOS

LOZANO Y COMPAÑÍA

Gran surtido de velocípedos, bicicletas y triciclos.—Pídanse catálogos.

PASEO DE RECOLETOS, 41, MADRID